

1

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA
SERIE 4

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



EL VALOR DE LA TRISTEZA

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2022 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Nunca podré agradecer suficientemente aquel correo. Contenía la información de una peculiar propuesta: pasar unos días en un faro. En concreto en el faro de Cavallería, de la isla de Menorca. Las condiciones eran muy claras y precisas: habitación individual en la casa del Farero, estancia máxima de seis días, y recomendación del próximo huésped. Era como una cadena: alguien me lo había recomendado a mi, y yo lo tendría que recomendar a alguien. ¿Y cuánto costaba la estancia? “La voluntad” rezaba el correo.

En condiciones normales creo que hubiera tirado el correo a la papelera, pero en el momento en que me encontraba, la propuesta me pareció atractiva. Y tras asegurarme a través de quien me la mandaba de que no era una broma, de que iba en serio, la acepté. Me programé una semana de vacaciones y compré los billetes. Al cabo de pocos días me planté en el faro.

Me recibió un hombre mayor, con una espesa barba blanca, y cara de lobo de mar. Se presentó como el Farero, (nunca me dijo su nombre) y me explicó que sería mi anfitrión esa semana.

Lo que sigue a continuación es el relato de esa intensa semana, que había planificado como de puro descanso y desconexión, y que acabó siendo de profundo aprendizaje.



EL VALOR DE LA TRISTEZA

Era media mañana cuando llegué al faro. El Farero me mostró mi habitación (una sencilla habitación en el edificio principal, con una cama y un pequeño escritorio) y me citó en la cocina, para compartir un desayuno.

En unos minutos aparecí en la cocina, y me encontré ante una humeante taza de te, acompañada de los típicos *pastissets* menorquines.

Lo primero que hice fue presentarme como es debido:



- Creo que ni te lo he dicho, mi nombre es Laura. Tengo veinticuatro años y soy enfermera recién titulada. Trabajo en un gran hospital. Vivo en Barcelona, en un pequeño piso, con dos compañeras de profesión.

Él se limitó a una presentación minimalista:

- Yo soy el Farero, y vivo en este faro.

Empezamos a desayunar, y curiosamente la peculiar presencia de aquel hombre, con su mirada intensa pero respetuosa, me impulsó a abrirme, y a contarle el verdadero motivo de mi viaje al faro:

- ¿Sabes? Me decidía venir porque hace dos meses perdí a mi madre. Mi padre nos dejó hace ya siete años, y con la pérdida de mi madre me he metido en un pozo de tristeza. Odio estar así, pero es que no puedo desprenderme de ella.

Tras un respetuoso silencio, me dijo:

- ¿Estás con ánimos de hacer una pequeña excursión? El coche lo tendrás que poner tu.

Aunque no entendía nada, le dije que si; subimos a mi coche (lo había alquilado en el aeropuerto) y bajo sus instrucciones llegamos al pueblo de Fornells. Aparcamos y nos dirigimos al puerto. Como ya había experimentado en el faro, hacía muchísimo viento. Me explicó que era la Tramuntana, el viento del norte, que de vez en cuando azotaba la Isla. Cuando llegamos al puerto me dijo:

- Mira, son las once, y todos los barcos de pesca están amarrados en el puerto. La Tramuntana no los ha dejado salir.

Yo seguía sin saber a qué venía todo aquello (tardé unos días en habituarme a sus peculiares métodos). ¿Qué tenía que ver aquello con mi tristeza? ¿Qué tenía que entender? Nos sentamos en el muelle de hormigón y me dijo:

- Laura, la Tramuntana da de vez en cuando un respiro a los pescadores, una pausa. Y les va bien, les da tiempo para remendar sus redes, hacer pequeñas reparaciones, y coger energía y ánimos para continuar la temporada. Tu tristeza es tu Tramuntana.

Y mirando al horizonte se calló y no dijo nada más. Los siguientes minutos me dediqué a intentar darle sentido a aquella afirmación, hasta que tímidamente le dije:



- ¿La tristeza está parando mi vida para que la ordene?

A partir de ahí, sí llegó por fin su completa explicación:

- Laura, la tristeza es un mal trago, pero como todas las emociones tiene una finalidad. En este caso su finalidad es ralentizar nuestra vida, darnos una pausa y propiciar un espacio en el que podamos reordenar nuestros pensamientos antes de volver a la cotidianidad. En tu caso has perdido a tu madre, seguro que formaba parte importante de tu vida y le dedicabas un tiempo, un cariño y una energía. Ahora necesitas reordenar todo esto, y la tristeza te está brindando ese tiempo.
- Pero la vivo mal, me siento mal. Me hace daño.
- La Tramuntana es dura, y causa algún que otro estropicio. Pero hace parar la pesca. Verás, hay personas que ignoran la tristeza, que siguen con su vida como si no hubiera pasado nada. O con la determinación de luchar contra esa tristeza. Y un día se rompen. Porque no han podido procesar y digerir lo que les ha ocurrido.

Tenía todo el sentido del mundo. Mi tristeza me estaba dando la oportunidad de recomponer las piezas de mi vida, de organizar esa nueva realidad. Pero al mismo tiempo me aterraba encallarme en ese estado. Se lo dije al Farero:

- ¿Y si me quedo enganchada en la tristeza?
- La Tramuntana pasa. Puede durar dos días, o siete, pero pasa. Es la naturaleza. Lo importante es no salir a navegar antes de



tiempo, pensando que ya ha pasado, ni quedarse encerrado cuando sí lo ha hecho.

Volvimos. Hicimos todo el camino de vuelta en absoluto silencio. Yo estaba ordenando mis piezas. Por primera vez estaba viendo mi tristeza con otros ojos, como la que me proporcionaba ese espacio que ahora estaba necesitando. Estaba -hasta cierto punto- permitiéndome el disfrutarla.

Al llegar al faro, el Farero se disculpó: tenía algunas cosas que hacer. Me dejó en la cocina una comida improvisada, y me citó a las ocho de la tarde, para el ritual -que según él no me podía perder- de encendido del faro.

Esta fue mi primera mañana en el faro. Mi primer aprendizaje. Por primera vez en mi vida me miré la tristeza con otros ojos, con un sentido. Aceptándola como maestra.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2022 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ